



Revista de Humanidades

ISSN: 0717-0491

revistahumanidades@unab.cl

Universidad Nacional Andrés Bello

Chile

Raggio, Marcela
IDENTIDADES ESCINDIDAS: LA REPRESENTACIÓN IDIOMÁTICA DEL YO EN HUNGER OF
MEMORY, DE RICHARD RODRÍGUEZ

Revista de Humanidades, núm. 24, diciembre, 2011, pp. 79-96

Universidad Nacional Andrés Bello

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=321227219004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

IDENTIDADES ESCINDIDAS:
LA REPRESENTACIÓN IDIOMÁTICA
DEL YO EN *HUNGER OF MEMORY*,
DE RICHARD RODRÍGUEZ

DIVIDED IDENTITIES:
LINGUISTIC SELF-REPRESENTATION IN RICHARD
RODRIGUEZ' *HUNGER OF MEMORY*

MARCELA RAGGIO

Universidad Nacional de Cuyo / CONICET
Zapiola 1770, (5507) Mayor Drummond, Mendoza
Mendoza, Argentina
marcelaraggio@yahoo.com.ar

RESUMEN

Este artículo estudia la autobiografía *Hunger of Memory*, del chicano Richard Rodríguez, donde el autor va construyendo su identidad personal y literaria a partir de consideraciones sobre sus dos lenguas: la materna, el español; y la de su educación, el inglés. Rodríguez plantea que solo uno de esos idiomas, el inglés, es el que le ha permitido construirse su propia identidad en el espacio público. Esta elección lingüística tiene consecuencias en otros ámbitos de la persona, como la religiosidad y la clase social, según el planteo de Rodríguez. Se analizan tres aspectos:

el género del texto, la cuestión de la identidad, que Rodríguez opone a la etnicidad, y el rol asignado a la(s) lengua(s).

Palabras claves: Richard Rodríguez, *Hunger of Memory*, autobiografía, chicanos, bilingüismo.

ABSTRACT

This article studies Richard Rodríguez' autobiography *Hunger of Memory*, in which the author builds his personal and literary identity through considerations on his two languages: Spanish, his mother tongue, and English, the language of his education. Rodríguez suggests that only English has allowed him to construct a public identity. This linguistic choice, argues Rodríguez, affects other aspects like his religiosity or social class, as well. Three aspects are analyzed in this article: the traits of autobiography as a literary genre, the idea of identity as opposed to ethnicity, in Rodríguez' view; and the role of language(s).

Key words: Richard Rodríguez, *Hunger of Memory*, *Autobiography*, *Chicanos*, *Bilingualism*.

Recibido: 20-02-2011

Aceptado: 15-08-2011

I. INTRODUCCIÓN

Este artículo estudia *Hunger of Memory. The Education of Richard Rodríguez*, la autobiografía de un autor norteamericano hijo de mexicanos. Me interesa señalar tres cuestiones controvertidas en torno de este texto: su género, su adscripción a una idea de identidad contrapuesta a lo "étnico", y el papel que el autor le asigna a la(s) lengua(s) en su autobiografía.

Si bien este texto excede el ámbito específico hispánico (España e Hispanoamérica), Rodríguez vive en, y escribe desde, una zona de frontera (geográfica, pero también cultural, lingüística, histórica) que fue en un momento parte del territorio mexicano y que, luego del Tratado de Guadalupe Hidalgo, pasó a formar parte de los Estados Unidos. Por otro lado, motivaciones principalmente de orden económico propiciaron la inmigración mexicana hacia estas tierras “norteamericanas” durante el siglo XX, de manera que las nuevas generaciones nacidas en los Estados Unidos tienen en realidad un origen primordial en la cultura de sus padres llegados de Hispanoamérica. Como en el caso de cualquier cultura de frontera (*border culture*) hay zonas grises, espacios no claramente delimitados, que requieren de la toma de decisiones por parte de sus habitantes. Esta noción de decisiones vitales se encuentra en la base de *Hunger of Memory*. Por otro lado, al ser los hispanos la minoría que más rápidamente crece en los Estados Unidos, surge la necesidad de replantearse los alcances de lo que es el “mundo hispánico”: una cultura rica, con raíces en un pasado tanto peninsular como latinoamericano, que lejos de perder esa impronta, enriquece el mosaico multicultural estadounidense, muestra la fuerza de la expansión de la cultura hispánica en el mundo de hoy.

Es a partir de estas consideraciones que planteamos las siguientes preguntas de investigación: ¿Qué rasgos tiene una autobiografía que, como *Hunger of Memory*, puede ser considerada una “*border narrative*”? ¿Qué papel asigna Rodríguez a su herencia hispánica en su propia vida y, por ende, en su texto autobiográfico? ¿Cómo re-presenta el autor su identidad, tanto para asumirla él mismo, como para presentarla a su lector? ¿De qué modo contribuye este texto a definir identidades —la de su autor, la de los chicanos, la de los Estados Unidos multicultural?

Se tendrán en cuenta tres nociones para la elaboración de un marco teórico. En primer lugar, la idea del *borde* como frontera no solo geográfica, sino cultural, lingüística; en relación con la noción de semiosfera. El borde es el margen, lo alejado del centro, la periferia; pero si nuestra mirada le otorga centralidad, entonces se vuelve un área de intercambios, pasajes y fértiles contactos —bien que dolorosos para muchos—. La semiosfera es el “continuum semiótico completamente ocupado por formaciones semióticas de diversos tipos y que se hallan en diversos niveles de organización” (Lotman 22). Sólo en el espacio abstracto que es la semiosfera, dice Lotman,

es posible la comunicación y la producción de nueva información. En ese espacio se producen los intercambios de información, las “traducciones” de un sistema a otro, del centro a los márgenes y viceversa. Lotman señala que “[e]sa misma función de frontera de la semiosfera es desempeñada por las regiones con diversas mezclas culturales...” (27). Lotman destaca que en la periferia se producen con mayor celeridad procesos semióticos que pasan luego a las estructuras nucleares para finalmente desalojarlas.

Desde otra perspectiva, y aunque se refiere a la mujer, creemos que estas palabras de Gloria Anzaldúa bien pueden resumir lo que se entiende por la cultura del borde, de la frontera:

La nueva *mestiza* perdura al desarrollar una tolerancia de las contradicciones, una tolerancia de la ambigüedad . . . En breve, aprende a ser malabarista de culturas. Tiene una personalidad plural, maneja modalidades pluralistas, nada se desecha, ni lo bueno, ni lo malo, ni lo feo, nada se rechaza, nada se abandona. No sólo sostiene contradicciones, sino que transforma la ambivalencia en un punto donde los fenómenos se cruzan. El ser añade elementos que resultan en una entidad más grande que la suma de las partes. (cit. en Alarcón 212)

Contradicciones, ambigüedad, pluralidad, ambivalencia pasan a ser términos de connotación positiva, creadora, renovadora. Se verá a lo largo del desarrollo de este artículo cómo reacciona Rodríguez frente a esta teoría de la pluralidad, como podríamos llamarla.

En segundo término, consideraremos la noción de *identidad*, en particular, la identidad hispana o latina. Revalorizada desde los años sesenta y setenta del siglo XX, la identidad hispana o latina en los Estados Unidos surge como un modo positivo de asumir la herencia cultural, racial que una sociedad mayoritariamente blanca ha discriminado por siglos (de hecho, los movimientos reivindicatorios de los sesenta en adelante se dan en varias minorías, tanto étnicas como de género). Linda Martín Alcoff señala que la “opción étnica” no es adecuada para describir la identidad latina en los Estados Unidos (25). Después de exponer los motivos por los que una categorización racial no responde al sentimiento de identidad de los latinos, la autora sostiene: “What better unites Latinas/os both across and even within our specific national cultures is no trace or phenotype but precisely those features associated with culture: language, religious traditions, cultural

values, characteristics of comportment” (34). Esta propuesta resulta interesante, ya que la diversidad evidente del grupo que la cultura dominante pasa por alto en los hispanos/latinos se pone así de manifiesto, a la vez que se buscan lazos comunes que definan una identidad compartida.

El tercer elemento para nuestro marco teórico es la definición de la autobiografía como género. Desde San Agustín en adelante, la autobiografía ha funcionado como un modo textual de construcción de la subjetividad, marcado según los críticos por tres rasgos fundamentales: autoexplicación histórica, autoanálisis filosófico y autoexpresión poética (Saldívar 60)¹. Por la centralidad del sujeto en este tipo de textos, por el valor otorgado a la voz enunciativa, por el poder que esa voz tiene para construir y representar su propia imagen en el texto, la autobiografía es uno de los modos privilegiados de expresión literaria entre las minorías étnicas y otros grupos emergentes en los Estados Unidos —y en otros países.

Sin embargo, la crítica contemporánea destaca la preponderancia del lenguaje sobre el Yo, ya que “el lenguaje es, entonces, el significante que crea el Yo que significa, y éste está tan ausente que solo puede adivinarse, como un fantasma, entre las líneas que componen el texto” (Durán Giménez-Rico 75). No es que el Yo desaparezca de la autobiografía, sino que se muestra en ella gracias al lenguaje, que le permite autoanalizarse (76). Esta afirmación tiene interesantes repercusiones para el estudio de la autobiografía de Rodríguez, quien como se verá, construye su Yo textual y público a partir de la lengua.

Otra noción sobre la autobiografía contemporánea que echa luz sobre la que analizamos aquí tiene que ver con la intención autoral. La autobiografía “ideal”, según Buckley, presentaría “una retrospectiva sobre la vida y la personalidad del personaje, en la que los hechos importan menos que la verdad y la profundidad de su experiencia. Describe un viaje de autodescubrimiento que llega a alcanzar un sentido de perspectiva y de integración” (cit. en Giménez-Rico 73). Desde la estructura misma de la autobiografía de Rodríguez, se puede apreciar, como se verá en las secciones siguientes, que el mensaje (lo que Rodríguez llama el aspecto “político” de su obra)

¹ Cabe señalar que Saldívar considera que el texto de Rodríguez no cumple con estos tres requisitos de la autobiografía “tradicional.”

tiene más peso que los hechos mismos, que sirven como argumentos para sustentar una tesis.

2. *HUNGER OF MEMORY: ¿AUTOBIOGRAFÍA ÉTNICA?*

La literatura norteamericana se ha visto enriquecida, desde los años sesenta en especial, con el aporte de las voces provenientes de minorías étnicas. Además de la ficción, los géneros privilegiados son las memorias y la autobiografía, que juegan un rol fundamental a la hora de conformar y definir identidades. “Because of its fundamental ties to themes of self and history, self and place, it is not surprising that autobiography is the form that stories of emergent racial, ethnic, and gender consciousness have often taken in the United States and elsewhere” (Saldívar 154). *Hunger of Memory*, entonces, parece entroncar en una tradición bien establecida en el campo de la literatura contemporánea. Habrá que determinar si su autor se plantea escribir una autobiografía étnica, en la que se perfilen elementos de una identidad racial colectiva o si, por el contrario, Rodríguez escribe desde una perspectiva individual.

El libro que estudiamos tiene como subtítulo “*The Education of Richard Rodriguez*” y la portada del libro, además, aclara “*An autobiography*”. Las dos aseveraciones son relevantes. Por un lado, como política editorial, se enmarca al libro en la *non-fiction*, al señalar que se trata de una autobiografía. Pero por otro lado, el subtítulo pone sobre el tapete una cuestión bien clara: la autobiografía no abarca *toda* la vida de su autor, sino que se refiere solamente a su *educación*. Es decir, el texto es un constructo, realizado a partir de un recorte bien concreto, de una experiencia en particular, la educación de Richard Rodríguez.

El libro consta de un prólogo, “Middle-class Pastoral”, donde el autor deja constancia desde el principio de cuál ha sido el resultado de su educación:

I have taken Caliban’s advice. I have stolen their books. I will have some run of this isle.

Once upon a time, I was a ‘socially disadvantaged’ child . . .

Thirty years later I write this book as a middle-class American man. Assmimilated. (1)

El prólogo, a través de estas palabras, define el recorte temporal (desde la niñez hasta la actualidad, treinta años más tarde), el tema (la educación, simbolizada en los libros) y el enfoque ideológico (la idea de asimilación). A lo largo de todo el texto, Rodríguez señala su ubicación en un espacio intersticial, entre dos culturas, fundamentalmente entre dos lenguas; y cómo se ubica a sí mismo o es ubicado por otros, más acá o más allá del borde, y las consecuencias que cada ubicación le trae. La escritura del libro es el modo en que Rodríguez define su identidad, la cual le llega, enfáticamente, a través de la lengua, de su elección de una lengua a través de su educación: “I write this autobiography as the history of my schooling . . . This autobiography, moreover, is a book about language . . . Obsessed by the way it determined my public identity” (4, 6).

Desde el prólogo, entonces, queda sentada una clara diferencia que Rodríguez asocia a la lengua: la identidad pública vs. la identidad privada. Frente a planteos “étnicos” que proponen, como el mismo autor señala, la educación bilingüe (10), Rodríguez se opone a esta posibilidad y, por el contrario, sugiere que, en los Estados Unidos, quienes son educados en el idioma de la minoría racial de la que provienen solo lograrán seguir aislados; mientras que la educación en inglés produce lo que para él es altamente positivo: la asimilación.

Para Rodríguez el español es el idioma íntimo, de la familia: “But then there was Spanish. Español: my family’s language. Español: the language that seemed to me a private language” (14). En su autobiografía, las referencias a ese mundo familiar, íntimo, y al español que lo caracterizaba, están teñidas de nostalgia por un tiempo perdido. Sin embargo, advierte que esa pérdida fue y es necesaria: “. . . the bilingualists . . . do not realize that while one suffers a diminished sense of private individuality by becoming assimilated into public society, such assimilation makes possible the achievement of public individuality” (26).

Las dos nociones, entonces, son inseparables: la de identidad, a través de la lengua, y la de asimilación, como fuente del éxito público. De más está decir que Rodríguez se planta en la ideología neoconservadora (Moya 77), para la cual habría que pasar por alto el multiculturalismo y pluralidad étnica de los Estados Unidos. Pero ese posicionamiento ideológico es lo que el autor ha aprendido de la sociedad WASP (White Anglo Saxon Protestant), como señala apenas abre el libro con la referencia al consejo de Calibán.

Y su éxito, es decir, la posibilidad de alcanzar el Sueño Americano, está directamente relacionado con su identidad pública, con el dolor de haber perdido algo íntimo que, al mismo tiempo, le otorgó una identidad pública. Es eso lo que lo hace diferente de otras personas de su mismo origen racial: “They lack a public identity. They remain profoundly alien” (Rodríguez 149). Los inmigrantes mexicanos a los que se refiere aquí son trabajadores temporarios, empleados en situación de inferioridad respecto de sus empleadores norteamericanos. El silencio a que se ven sometidos podría ser superado, desde la perspectiva de Rodríguez, solo si estos inmigrantes (y todos aquellos que definen su identidad a partir de la pertenencia a un grupo racial) dejaran de lado esa forma de autodefinición y se asimilaran a la sociedad norteamericana (blanca) y sus valores. Estos están, indefectiblemente, anclados en la lengua, que es uno de los tópicos centrales en *Hunger of Memory*. El pasaje ha recibido un interesante análisis por parte de John Beverley, quien señala:

De hecho, no conozco una descripción más exacta de la producción de la identidad del subalterno, como “antítesis necesaria” . . . de un sujeto dominante, que este breve pasaje, construido sobre una concepción binaria de fluidez oral-poder versus mutismo-subalternidad, el cual, en la medida en que está escrito, también se representa performativamente. (4)

Rodríguez pasa de ser el subalterno a ser un sujeto dominante o, por lo menos, a compartir ciertos rasgos de los sujetos dominantes: en concreto, la lengua, la posibilidad de escribir su historia. Algo que también señala Beverley es que los “subalternos”, los “pobres” del pasaje, también tienen una historia y también pueden contarla, solo que no con los mismos medios que Rodríguez. Esto, de más está decir, no les quita validez, aunque Rodríguez, que ha internalizado los valores de la cultura anglosajona, los presente “performativamente”, para usar el término de Beverley, como sujetos silentes. La diferencia que Rodríguez ve entre él mismo y sus eventuales compañeros de trabajo, está basada en una profunda paradoja sobre la identidad: “That summer I worked in the sun may have made me physically indistinguishable from the Mexicans working nearby... But I was not one of los pobres. What made me different from them was an attitude of mind, my imagination of myself” (148).

Lo que Rodríguez llama “mi imaginación de mí mismo” es la posibilidad de imaginarse como alguien más o como alguien no determinado por las restricciones que implica el color o la raza. Sin embargo, esta “actitud mental” pone de manifiesto la imposibilidad de abrirse a otras posibilidades; es decir, en otras palabras, lo que Moya llama una falta de imaginación: la de pensar que haya otras posibilidades culturales de resolver problemas u organizarse socialmente, más allá de la que el etnocentrismo y racismo blanco norteamericano proponen como únicas válidas (88).

Para el autor, la asimilación es inevitable o, al menos, es el único camino posible para lograr el sueño americano. Sin embargo, el tono de la autobiografía de Rodríguez es sincero, desde el título mismo, ya que lograr la asimilación implica pérdidas dolorosas, que llevan a la consideración del pasado con nostalgia: “If, because of my schooling, I had grown culturally separated from my parents, my education finally had given me ways of speaking and caring about that fact” (78). La relación de Rodríguez con su pasado se vuelve una cuestión académica, abstracta, para la que su propia educación formal lo ha preparado. Las palabras, el idioma, tan central en su análisis, son una herramienta que por un lado, le permiten pertenecer (a la sociedad norteamericana blanca de clase media); y por otro, le señalan la paradoja de la pérdida que esa ganancia ha implicado en su vida.

3. *HUNGER OF MEMORY: AUTOBIOGRAFÍA POLÍTICA*

No es la única paradoja del libro: una de las más profundas tiene que ver con el mismo sistema que Rodríguez critica, pero del que se ha beneficiado. Los programas de acción afirmativa, diseñados para equiparar a las personas de las minorías al darles acceso a los mismos beneficios que a los blancos, son desde la perspectiva del autor un engaño, “soluciones raciales” (155). “I was not —in a cultural sense— a minority, an alien from public life. (Not like los pobres I had encountered during my recent laboring summer)” (157). Más adelante hace una referencia a lo que lo distingue de otros estudiantes más jóvenes, que sí son minoría porque carecieron de una buena educación básica (157). Sin embargo, y a pesar de que él no se ve como tal, el sistema norteamericano sí lo considera una minoría, y es por eso que lo beneficia con los programas de acción afirmativa, desde su ingreso a la

universidad hasta su búsqueda de trabajo académico. Es que, como señala Beverley “[l]a subalternidad es una identidad relacional más que ontológica —es decir, se trata de una identidad (o identidades) contingente y sobredeterminada. Rodríguez no puede escapar de esa contingencia” (6). Sin embargo, Rodríguez argumenta que el sistema no es justo, ya que en realidad quienes se benefician de él son los menos desaventajados dentro de su minoría racial. Al hacer esta afirmación, Rodríguez convierte su libro en una poderosa —y peligrosa— arma política.

En el prólogo, el autor sostiene: “my writing is political because it concerns my movement away from the company of family and into the city. This was my coming of age: I became a man by becoming a public man” (5-6). Pero, una vez más, es a partir de una paradoja como se pone de manifiesto el alcance político de esta autobiografía. En el prólogo, Rodríguez sostiene que escribe sobre una sola vida, la suya propia; a la vez que enfatiza: “my history deserves public notice as no more than this: a parable for the life of its reader. Here is the life of a middle-class man” (6). Sin embargo, ese hombre de clase media olvida la responsabilidad pública de las palabras; su abierta oposición a la educación bilingüe, su rechazo de los programas de acción afirmativa, su ensalzamiento de *una* forma de vida y *unos* valores —los valores WASP— sin duda tienen resonancia políticas, públicas, que exceden el marco de una vida individual.

Paula Moya sostiene que la ideología detrás de la autobiografía de Rodríguez es “the insistence that members of culturally nondominant groups should be required to assimilate into mainstream American society” (77). Esta ideología a la que adscribe el autor tiene implicancias políticas serias, más allá de que Rodríguez señale que escribe sobre una sola vida, la suya propia. Es que, como señala Ramón Saldívar, “it is the very private quality of his confessional mode that has made his book of political consequence to the Right. Who would read another editorial on affirmative action? But who can turn away from an anguished denunciation of it by one who has benefited from affirmative action?” (159). En la paradoja que surge de negarle valor público a su vida, a la vez que describe el proceso por el cual llegó a ser un hombre público o, mejor dicho, a adquirir una identidad pública, se encuentra el intersticio político de *Hunger of Memory*. Su autor fue un beneficiario de la acción afirmativa; si bien acepta que en realidad no era él de los más desaventajados en su grupo étnico, como la mayoría de los

receptores de esos programas. Sin embargo, al quitarle validez a la acción afirmativa está negando la posibilidad de que otros accedan a los mismo beneficios que tuvo; incluso cuando se da cuenta de que los nuevos estudiantes universitarios de minorías no han tenido una educación básica que los ponga en igualdad de condiciones con sus compañeros de clase blancos ¿Sería acaso una solución para este problema negarles, además, acceso a los estudios superiores? Tal vez los programas de acción afirmativa deberían incluir estadios anteriores de la educación, previos a la universidad; pero esto no implica que deban resignarse los logros alcanzados hasta el momento en el ámbito universitario y profesional.

Sin embargo, Rodríguez da cuenta en su autobiografía de un proceso de reconocimiento que se opone a las ideas propuestas por los activistas de minorías: la historia de su educación, que podría equipararse a la de su asimilación, comienza en su familia de origen hispano, mexicano más precisamente; pasa por la escuela primaria católica de su barrio, la apropiación progresiva del idioma inglés, la educación universitaria y posgraduada merced al beneficio de los programas de acción afirmativa; hasta un momento final de reconocimiento y rechazo de los mismos, en la época de la decisión laboral. Esta decisión engarza con una charla que mantiene con un compañero (blanco) de posgrado. Su amigo le dice: “It’s just not right, Richard. None of this is fair. You’ve done some good work, but so have I. I’ll bet our records are just about even. But when we go looking for jobs this year, it’s a very different story. You’re the one who gets all the breaks” (Rodríguez 183). Es como si recibiera una revelación: el sistema es injusto con aquellos a quienes ha intentado asimilarse. Y por eso, “my decision was final. No, I would say to them all. Finally, simple, no” (184). A sus futuros empleadores, a las universidades de prestigio que le han ofrecido trabajo por ser *minoría*, les dirá no. Su respuesta, su decisión, es personal, pero también política: es una manera de rechazar la acción afirmativa, de mostrarle a la sociedad —a través de la academia— que él, Richard Rodríguez, ha asumido cabalmente los valores norteamericanos conservadores, basados en el individualismo y la competitividad; y que lograr el sueño americano por otros medios es, simplemente, injusto.

4. *HUNGER OF MEMORY: AUTOBIOGRAFÍA ESPIRITUAL*

La autobiografía por antonomasia son las *Confesiones* de San Agustín. Además de dejar sentados los rasgos del género, Agustín muestra su evolución espiritual en relación directa con el contexto histórico en el que vive. Desde el título mismo, además, queda establecido el tono confesional de la obra, si bien los recursos retóricos utilizados señalan la intención *pública* de la misma. Como señala Saldívar, “even in its most private and self-indulgent confessional style, a published autobiography is after all addressed to a public, historically real readership” (160-161). Esta aseveración se relaciona con el carácter político que se advierte para la autobiografía de Rodríguez. El mismo Saldívar propone que en el caso de Rodríguez la salvación que experimenta en la estructura hagiográfica de su evolución es una salvación secular (160). Sin embargo, y a pesar de que el propio autor se encarga de señalar el rol de la educación en su vida, de reflexionar sobre la cuestión del bilingüismo o la lengua única, y de mostrar su ingreso a la vida pública mediante la asimilación, también es cierto que en su autobiografía hay un recorrido espiritual que lo conduce de la religión católica “hispana” de sus padres, a un cristianismo aséptico norteamericano. Lo interesante es que esta cuestión religiosa tiene que ver fundamentalmente con dos de los tópicos estructurales de la autobiografía “secular” de Rodríguez: el universo familiar íntimo y el idioma.

El capítulo 3 del libro, “Credo”, está dedicado completamente al tema del camino espiritual-familiar-lingüístico (ya que, como dijimos antes, son inseparables en la forma en que Rodríguez elige presentar su vida). “I grew up a Catholic at home and at school, in private and in public” (81). La influencia del pasado de sus padres; las aulas donde las monjas irlandesas intentan recrear la atmósfera de pueblos donde todos eran católicos (81), todo le muestra a Rodríguez la diferencia entre su familia, sus allegados, y los *non-Catholics*, como son definidos los demás (82). Esta primera separación entre lo público (*non-Catholic*) y lo privado (*Catholic*) es desdibujada rápidamente por la escolarización que recibe Rodríguez, incluso en las aulas de sus maestras irlandesas: “As a Catholic schoolboy, I was educated a middle-class American . . . Soon I became as Americanized as my classmates...” (83). Pero este proceso de americanización no hace sino separar las esferas de la familia y de la escuela, una vez más, ya

que “the superstitious Catholicism of home provided a kind of proletarian fairy-tale world” (92). La retórica de esta autobiografía, que apunta a señalar las diferencias entre dos esferas de la vida del sujeto —y a mostrar la superioridad de una de ellas— distingue entre el catolicismo de la escuela, que lo incorpora a los valores de la clase media norteamericana, y el catolicismo de su familia como una instancia supersticiosa, mágica, oscura (palabras como *religion of shadows* y *spheres of enchantment* forman parte de la descripción), que lo liga a su origen proletario. En varias instancias Rodríguez señala la brecha entre el catolicismo familiar y el catolicismo de la escuela y la iglesia. “I was un católico before I was a Catholic” (86), sostiene para señalar de qué modo está imbuida su primera religión de su lengua materna (la misma que, como enfatiza a lo largo de todo el libro, rechazará para poder asimilarse totalmente a la clase media norteamericana con sus valores e idioma anglosajones). Ese proceso de asimilación cultural es percibido por el autor en la esfera religiosa también: “Very early, however, the gringo church in our neighborhood began to superimpose itself on our family life” (86).

Pero más allá de estas de estas diferencias, la Iglesia cumple el papel de mediadora, incluso cuando el joven Richard ha comenzado el camino de separación de su familia: “I went to the nine o’clock mass every Sunday with my family. At that time in my life, when I was so struck by diminished family closeness and the necessity of public life, church was a place unlike any other. It mediated between my public and private lives” (102).

La diferencia entre las dos formas de ver y vivir el catolicismo es una pose del Rodríguez adulto (87-88). Tal vez la única solución de continuidad entre dos mundos que cada vez se alejaban más era justamente lo que le proporcionaba la iglesia: “I saw a picture of the Sacred Heart in the grammar school classroom . . . the picture drew an important continuity between home and the classroom” (87). Esa continuidad está dada, además de por las imágenes, por la presencia de los rituales, las ceremonias, la vestimenta especial e incluso el idioma de la iglesia de su infancia, el latín.

Pero así como *Hunger of Memory* es un registro minucioso de la asimilación-educación de Richard Rodríguez, hay también un recuento de los cambios que este proceso conllevó en el aspecto religioso. La *experiencia* —personal, íntima, familiar, *física*, incluso— de la niñez es reemplazada por un acercamiento *intelectual* a la religión. En la escuela secundaria,

“religious instruction became rigorously intellectual” (110). Más tarde, durante sus años de universidad, que coincidieron con los del Concilio Vaticano II, el autor reconoce: “I was changing rather more quickly than the Council fathers were changing the Church” (111). Y ya que Rodríguez reflexiona sobre su fe como adulto, desde el presente, se advierte una nueva paradoja en su itinerario vital. El hombre que ha renunciado a su idioma materno y a todo lo que él implica, incluso el sentido de pertenencia a un grupo, reclama con nostalgia los rituales perdidos; aquellos que, justamente, le daban una “*communal assurance*” en su infancia (114).

Es en este punto donde el itinerario espiritual y el lingüístico se unifican, ya que en ambos la asimilación pasa a ser una cuestión a la vez ineludible y deseada por Rodríguez:

And I will be uneasy knowing that the old faith was lost as much by choice as it was inevitably lost. My education may have made it inevitable that I would become a citizen of the secular city, but I have come to embrace the city's values: social mobility; pluralism; egalitarianism; self-reliance. (115)

El pasaje de la clase proletaria a la clase media americana; del español al inglés; de la familia trabajadora a la individualidad intelectual; es decir, todos los cambios que Rodríguez registra en su autobiografía como opciones personales, van unidos a este, que lo aparta de sus antepasados católicos para convertirlo en lo que él mismo llama un “cristiano protestante” (117). Al igual que en los otros aspectos de esta autobiografía, la elección no ha resultado fácil, sino que la reflexión está acompañada de nostalgia por lo que ella implica de pérdida. Se refiere, incluso, a su “dilema espiritual” en la conclusión del capítulo (118). Un dilema que no parece estar resuelto, a pesar de que las decisiones tomadas se hayan basado en el deseo de tener algo de poder en su isla, como aconsejaba Calibán.

Lo interesante es que en el camino solitario que ha emprendido, el de la escritura, pero también el espiritual, Rodríguez reclama la presencia de un lector “cómplice”: “When I wrote my first autobiographical essay, it was no coincidence that, from the first page, I expected to publish what I wrote. I didn't consciously determine the issue. Somehow I knew, however, that my words were meant for a public reader” (203).

El autor “construye” a su lector, genera el texto porque hay un lector público que le dará sentido a sus palabras (de ahí que la autobiografía sea política desde el comienzo). Pero en lo que hace a su dilema espiritual, que es una cuestión muy personal, íntima, Rodríguez llama la atención de su lector para que también en este aspecto colabore con el sentido, no solo del texto, sino de su propia vida:

I am writing about my religious life, aware that most of my readers do not consider themselves religious. With them —with you— I am making this admission of faith. It is appropriate that I do so. The resolution of my spiritual dilemma, if there is to be one before death, will have to take place where it began, among persons who do not share my religious convictions. (118)

No se propone, entonces, un regreso al modo del “hijo pródigo”, sino que el dilema se solucionará en la vida secular que el autor ha elegido, sustentada en los valores de la clase media-alta norteamericana, donde esa fe que admite es, sin embargo, una paradoja heredada del pasado.

5. CONCLUSIONES

Si volvemos a considerar las preguntas planteadas al principio de este artículo, ahora a la luz del análisis realizado, se pueden proponer algunas respuestas. *Hunger of Memory* es una autobiografía en la que se presenta un recorte bien definido, tanto de los aspectos incluidos —la educación, en concomitancia con la lengua, la religión, el color de piel, la familia y una variedad de temas que apuntan a la necesidad e inevitabilidad de la asimilación a la cultura dominante—, como a un recorte en sentido metafórico: el yo narrador se abstrae de su familia, de su identidad latina (como consecuencia de la asimilación propugnada); y esta separación funciona, en la dialéctica del relato, como una muestra de la división entre la vida privada y la identidad pública —una vez más, relacionada con la asimilación—.

Es por eso que *Hunger of Memory* no sería, específicamente, una autobiografía “étnica”: su autor niega sistemáticamente todo aquello que hace al particular de su etnicidad; los elementos constitutivos de la identidad latina que señala Martín Alcoff (la lengua, la religión, los valores culturales y las

actitudes) son sistemáticamente negados o desvalorizados por Rodríguez, bien que con un dejo de nostalgia, en aras de conseguir la necesaria asimilación e identidad pública, aséptica podría decirse.

Sin embargo, la condición política del texto le otorga, paradójicamente, una cualidad especial: si bien Rodríguez escribe únicamente sobre su vida, como aclara en el prólogo, la nostalgia por todo lo perdido contribuye al conocimiento de la identidad hispana. Los sonidos familiares, íntimos del español; el sentimiento acogedor y *religante* de los rituales católicos de su niñez; el saberse parte de una familia y una comunidad en la que había *algo* compartido, grupal, frente al individualismo que sostiene en su vida adulta; son todos rasgos que definen una identidad rechazada y también añorada por Rodríguez. De ahí que la *experiencia* tenga más valor que los hechos en esta autobiografía. Los mismos no están ordenados cronológicamente en sentido estricto, ni son presentados con total y fría objetividad. Lo que interesa a su autor es transmitir la vivencia de un asimilado, el camino que lo llevó a esa decisión, y, en cuanto a la obra literaria en sí, el proceso de escritura, que coincide con el de autodescubrimiento, según los términos que plantea Buckley (Giménez-Rico 73). Al contrario de lo que ocurre en otras autobiografías “étnicas”, donde el autodescubrimiento tiene que ver con la aceptación de la doble herencia cultural o, más aún, de la herencia de los antepasados frente al entorno cultural y lingüístico actual, en *Hunger of Memory* el autor acepta que su Yo se ha construido una identidad pública donde lo hispano queda atrás (incluso literalmente, en el tiempo).

La herencia hispana está relegada, para Rodríguez, al espacio de la infancia; y tanto el paso del tiempo como la educación (sobre todo esta última) lo han alejado inexorablemente de ella. Es en este sentido, aparentemente tan personal, donde se manifiesta el carácter político del libro. Rodríguez aboga por la educación monolingüe y por la asimilación, es decir, aquellos procesos que lo llevaron a él —y que pueden llevar a otros— a lograr una identidad *pública*. El costo, queda claro, es altísimo. Pero, según Rodríguez, también lo son los beneficios.

Como autobiografía, *Hunger of Memory* constituye una “confesión” sumamente personal, en la que el autor elige re-presentarse como un sujeto asimilado, exitoso, exponente de los valores de la sociedad norteamericana; un individuo cuya identidad es eminentemente pública. Como señala

Giménez-Rico, el Yo crea el lenguaje; es decir, crea su propia imagen a través del lenguaje. Rodríguez presenta al lector su *identidad* que está anclada, literalmente, en el lenguaje, en la capacidad de hablar, de escribir, de *representarse* por medio de la lengua inglesa. Es una identidad pública. Pero los datos más “personales”, los familiares, los de su entorno íntimo, están relegados por necesidad y como resultado de la inevitabilidad de la asimilación. Así, la identidad que se construye Rodríguez no tiene una base étnica sino que, muy por el contrario, está apoyada en la negación sistemática de las particularidades de su herencia hispana.

Hunger of Memory. The Education of Richard Rodríguez se presenta como una autobiografía peculiar, tanto en el contexto hispano como en el norteamericano. En el primero: porque está escrita en inglés, y desde un territorio “de frontera” (*border*) cultural y lingüística; que estrictamente no pertenece al ámbito hispano en sentido tradicional (España e Hispanoamérica). En el segundo: porque lejos de subrayar la conformación multicultural de los Estados Unidos, y de afirmarse en las raíces de sus ancestros, como ocurre con otros autobiógrafos norteamericanos contemporáneos de distintas ascendencias, Rodríguez elige la asimilación; y su opción por los valores, la cultura y la lengua anglosajona implican, a la vez, la pérdida de una rica herencia que crece a pasos agigantados en el país del norte. La subjetividad de Rodríguez, aislada de contextos, comportamientos y relaciones sociales basadas en su herencia hispana es en esta obra el paradigma de un modelo político-educativo-cultural: la asimilación. De la lectura de esta autobiografía puede surgir o bien la defensa acérrima de esta postura, que ha tomado para sí el ala neoconservadora norteamericana; o bien la reflexión profunda acerca del valor de la(s) lengua(s), de la educación bilingüe, y de los valores positivos de aceptación y convivencia que pueden suscitarse en las sociedades multiculturales propias del contexto mundial actual.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Norma. “La literatura de la chicana: un reto sexual y racial del proletariado”. *Mujer y literatura mexicana y chicana: Culturas en contacto*. Coord. Aralia López González, Amelia Malagamba y Elena Urrutia. México: Tijuana, 1988. 207-212. Impreso.

- Beverly, John. "El subalterno y los límites del saber académico". *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press, 1999. Impreso. Trad. de Marlene Beiza y Sergio Villalobos-Ruminott publicada en *Revista Actuel Marx* 2 (2004): Universidad Arcis, Santiago de Chile.
- Durán Jiménez-Rico, Isabel. "¿Qué es la Autobiografía? Respuestas de la crítica americana y europea". *Estudios Ingleses de la Universidad Complutense*. Universidad Complutense de Madrid, 1993. 69-81. Web. 22 de septiembre de 2010.
- Lotman, Iuri. *La semiosfera. Semiótica de la cultura y del texto*. Comp. y trad. Desiderio Navarro. Valencia: Frónesis, Cátedra Universitat de Valencia, 1996. Impreso.
- Martín Alcoff, Linda. "Is Latina/o Identity a Racial Identity?" *Hispanics / Latinos in the United States: Ethnicity, Race and Rights*. Eds. Jorge J. E Gracia; Pablo De Greiff. New York: Routledge, 2000. 23-44. Impreso.
- Moya, Paula M. L. "Cultural Particularity versus Universal Humanity. The Value of Being *Asimilao*". *Hispanics / Latinos in the United States: Ethnicity, Race and Rights*. Eds. Jorge J. E Gracia; Pablo De Greiff New York: Routledge, 2000. 77-97. Impreso.
- Rodríguez, Richard. *Hunger of Memory: The Education of Richard Rodriguez*. 2004 ed. New York: Bantam Books, 1982. Impreso.
- Saldívar, Ramón. *Chicano Narrative: The Dialectics of Difference*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 1990. Impreso.

